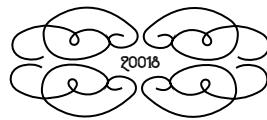




GRANADA
MISTERIOS Y LEYENDAS



INTRODUCCIÓN



Antes de comenzar, sería interesante dejar claro que este no es un libro pseudocientífico, ni de parapsicología, no es mi intención arrojar ningún tipo de luz sobre los hechos de los que hablaré, ni mucho menos es un contraste de datos e información, para intentar descifrar estas extrañas historias . Se encuentra ante una lectura de carácter novelístico, basada en ciertas investigaciones sobre sucesos misteriosos y paranormales, que han tenido lugar dentro de la ciudad de Granada.



Hechos, que a decir verdad nunca sabremos si son ciertos, ya que siempre andarán cabalgando entre la pseudocinencia, la tradición oral, la sugestión y el miedo, ese tan fuerte y primitivo que hace que de vez en cuando veamos alguna que otra vajilla romperse. No es mi intención por lo tanto, dar esa visión de terror, si no de ensoñación y misterio, intentando desdemonizar en la medida de lo posible las historias y fantasmas de la ciudad, que son muchos y siguen dando los mismos escalofríos hoy, como hace sesenta años.



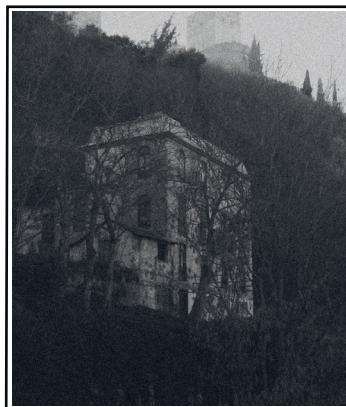
EL HOTEL REUMA



Nuestra primera historia transcurre en el paseo de los tristes, en el paseo de la nostalgia, al lado del río, en el paseo de los puentes y los gatos, unos callejeros que miran con preocupación al futuro intentando ganarse la vida con unas pulseras o una canción ,y otros que se suben a los tejados y se limpian con una extraña meticulosidad las patas traseras, para seguir cazando a las ratas que se esconden en el Darro.

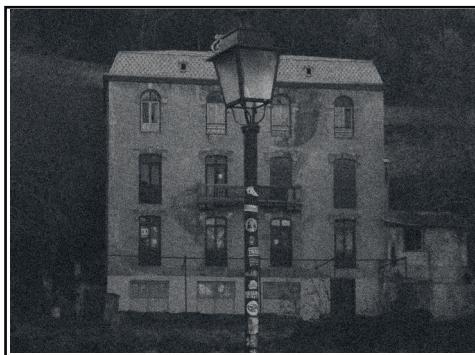


.Un lugar demasiado pequeño para tantos viajeros de calcetín y chancla que, despistados por lo pintoresco del paisaje, de repente se ven arrollados por un autobús y algún que otro taxi.





En definitiva, un lugar que ya no hace honor a su nombre, ya que
antaño, tal amalgama de tiendas y de cenas a los pies de la
Alhambra, era el antiguo camino hacia el cementerio, teñido por
los llantos de las plañideras y el ambiente solemne de un feretro.



Y aquí casi en el final de este paseo, y a la otra orilla del río, de
pronto, surgiendo como un espectro del bosque, que acompaña al
agua, aparece el Hotel Reuma, como una casita de muñecas en
alquiler, vacía, sin huéspedes y titirando por todas sus paredes.
Un edificio camaleónico que llegó a ser camerino o salón de café
para Machado y Lorca, pero siempre inhabitable, por la humedad y
el frío de las primaveras, que parece que se dilata en el tiempo
orgulloso de albergar solo sombras, y algún que otro visitante que
se pase las noches deambulando de una habitación a otra.

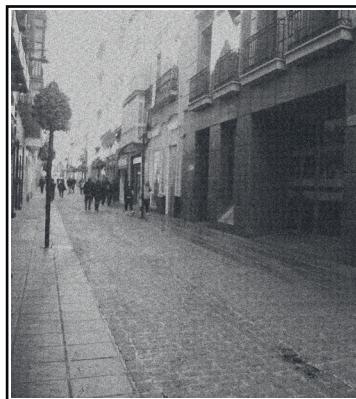
EL FANTASMA DE DIPUTACI'ON



El centro de Granada, ha sido siempre un lugar de bullicio, de voces y caminos que se entrecruzan unos con otros, de miles de tiendas y miles de viajeros que quiza sin saber nada , aunque lo dudo mucho, llegan a la calle Mesones.



Una calle como otra cualquiera, de adoquines negros y fachadas elegantes pero sobre todo de tiendas y almacenes. La calle de Declathlon, de Buenos aires, Maripaz, Springfield y tambien la calle de los almacenes Woolworth, cerrados en extrañas circunstancias,





Pero sobre todo la calle de Diputación, que fue antaño la antigua iglesia de la Magdalena, de la cual solo queda ya su portada perdida por las alturas del sacromonte. Da igual el nombre que recaiga sobre el numero 26 de esa calle, que los escalofríos seguirán recorriendo la espina dorsal de toda la ciudad, y de paso de todo aquel que pase por las faldas del edificio.



Un edificio gris y lúgubre, que aparece de repente entre las bolsas de Brerska y el olor a croisan recien hecho de las cafeterías cercanas. Parece que la misma estructura quisiera avisar de que allí se para por un momento todo el jolgorio que pudiera traer consigo la calle.



Un edificio, que por momentos parece comerse a sus trabajadores,
trabajadores que de cuando e cuando ven luces encenderse,
escuchan ruidos extraños, sienten de repente una sensación de
frialdad, o se encuentran de bruscos con el Padre Benito .



Aunque hay un pequeño detalle que perturbo durante mucho tiempo a la personas que habitaban la Sede de la Diputación granadina, formandose un silencio tan grande, y tan necesario que despertaría la atención del resto del país, tanto que que dejo de hablarse de ello durante un tiempo, como si no sucediera nada, como si en las paredes humedas del edificio, no se hubieran encontrado restos humanos.

Quiz'a, como si de vez en cuando algun que otro niño perdido de aquellos que que vivian en la antigua iglesia no clavara sus dientes en el brazo de la limpiadora de turno.



LA CASA DE CASTRIL



La próxima historia, también sucede en este Paseo de los tristes,
en concreto, justo en frente de la iglesia de San Pedro y San Pablo,
donde se encuentra el museo arqueológico, la llamada Casa de
Castril.



La casa que cada madrugada del viernes santo se esconde entre la sombra y el silencio del cristo de la misericordia, siendo más que ignorado por las miles de personas que se agolpan ante lo siniestro del paso, sin saber quizás, la historia de amor que guardan los muros engalonados del edificio.





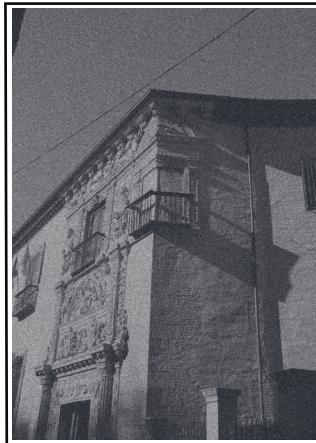
Hace muchos, muchos años, vivía en este lugar Hernando de Zafra,
una liustre figura de la nobleza, más que altanero, y más que
orgulloso, de los escudos de su casa y de ser el secretario de Isabel
la Católica.



Todas las mañanas, esta joven se asomaba por la ventana de su
alcoba mirando embelesada a los susurros del río y a las leyendas
de la Alhambra, a los mercaderes y los algiaciles, soñando con
poder mezclarse entre la multitud y ser un caminante más, sin los
títulos nobiliarios que hacían que solo se tropezara con las cuatro
paredes de su cuarto.

Se asomaba cada día, con más ganas de tirarse al vacío, al vacío
que supondría ser libre, y equivocarse sin que la responsabilidad la
tuviera su apellido.



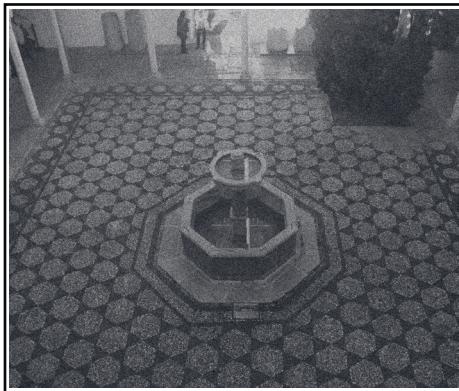


Qué casualidad, que una de estas mañanas la muchacha se enamorara, de alguien más, de alguien de la calle, de alguien que se atreviera a mirar al cielo confuso y encontrarse con su ventana. Era un hombre frío, preocupado por su imagen, pero enamorado de su hija , una joven con no más de diecinueve años y muchas ganas de escapar del yugo al que su familia le tenía sometida .





Y comenzaron las cartas, y las citas hasta la madrugada, y las miradas de ojalas, pero como todo, esto no duraría para siempre y una noche su padre, intercepta una de estas cartas de amor rebelde y eterno, y lleno de ira y orgullo, por ver que alguien le podía robar su más importante posesión, dejó colgando al joven de la ventana de la que se había enamorado, mientras que la hija, aturdida de pena siguió buscando los pasos del joven, por la casa, con el mismo camisón blanco de aquella mañana.



Y por eso algún que otro día se escucha que se ha visto a una muchacha demasiado triste en el museo, yendo de un pasillo a otro sin detenerse a ver las estatuas griegas, andando demasiado despacio como para tener diecinueve años.

GRANERO



Mucho se habla de Granada por su belleza, por su luz, por sus jazmines y por sus Cármenes recónditos, por sus días infinitos de embrujos y sherezades, pero poco se habla de sus noches, como si al irse el sol se callara, cómo si por las noches su magia también se metiera en la cama.



Pero hay quien no va a Granada a entregarse a la contemplación de los jazmines y a la búsqueda de los cérmenes, hay quién va a Granada a perderse, a dejar que le engulla la noche, que le lleve y que le traiga a no saber donde, hay quién viene a esta ciudad a derretirse, a quedarse sordo, a moverse despacio entre el sudor de la multitud, a emborracharse tanto, que empiece a ver fantasmas.





Y un lugar perfecto para esto es el pub Granero, un local un tanto peculiar, con el techo aún sujeto por vigas, demasiado oscuro como para ver a nadie, espectador de excesos, de neurosis, de pasiones y de polvo de hadas, de esas noches raras que parece que van a matarte y acaban sacándote de la cama.

Pero entre tanta sombra, hay una ebria, una que no baila que cada madrugada se queda quieta en el sótano, mirando las nubes de nicotina, atravesando los cuerpos, en busca del suyo y que a veces en un grito ahogado, entre los dedos del DJ, dice con desesperación su nombre, como pidiendo ayuda, que se cuela entre la frecuencia de ultratumba de los altavoces.

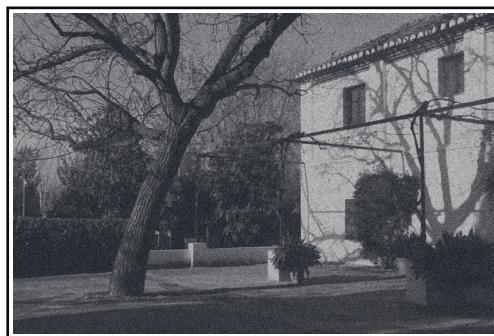
LA HUERTA DE SAN VICENTE

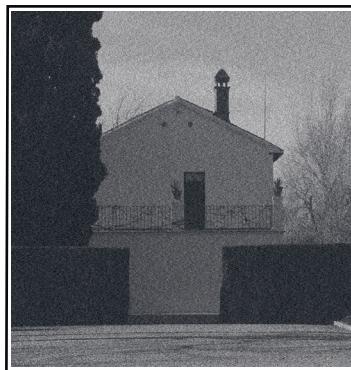


Hay un parque en la ciudad, quizá el más famoso, lleno de cipreses, familias de Domingo y jóvenes, que se esconden como bandidos bailando, entre los rosales y los dátiles. Un lugar idílico, extrañamente preservado entre las arterias grises de la ciudad.

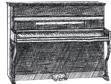


Aquí como todo buen turista sabrá, se encuentra la antigua casa de campo de Federico García Lorca, donde pasaba los veranos, en su escritorio dándole voz a los suburbios y luchando con pergamo y pluma contra los hombres serios y las antiguas convicciones, tocando el piano y buscando inspiración en las vides del jardín, caminando por los alrededores de la finca con los brazos cruzados por detrás de la espalda





Y hoy en dia, más de cincuenta años después de su muerte,
después de rebuscar en cada rincón y en cada cuneta los restos de
este poeta, sin encontrar nada, podríamos volver a verlo, o a
escucharlo si nos atrevieramos a entrar en la casona, nos lo
encontraríamos de repente abriendo con violencia las puertas de
la alacena o tocando de nuevo el piano como si otra vez quisiera
gritarle al mundo, como si nunca se hubiera despegado de las vides
de su casa, ni de la ciudad que entierra a su rio y mata a sus
poetas.



MATERNIDAD



Se podría pensar en muchas ocasiones, que la sugestión, y los extraños laberintos de la mente humana, son los causantes de las psicofonías, los haces de luz, y las vajillas voladoras, pero esto no sucede en el próximo relato, que se asemeja más a una anécdota cotidiana, que a los típicos cuentos de cementerios y casas abandonadas. Sucecede, hace no muchos años en el hospital Virgen de las Nieves, una tranquila mañana de otoño.



Teresa, la recepcionista, trabajaba agobiada, intentando responder las miles de llamadas, que recibía buscando ayuda médica, cuando de pronto se acerca una chica su mesa. Esta chica casi en los huesos y con semblante nervioso, le preguntaba por su madre, que recientemente había sido operada de un tumor.





Al verla tan alterada, Teresa llamo a Marta, la celadora, para que acompañara a la chica a la habitación en la que se encontraba su madre. Al llegar al pasillo la celadora le pide que se espere en la puerta.



Marta, entonces con una voz tenue le dice a la madre que su hija ha venido a visitarla, la madre, muy extrañada se incorporó de golpe como si no estuviera conectada aún a varios drenajes de sangre, la celadora le respondió que que le sucedía, que si no quería ver a su hija, pero la madre entre temblores balbuceó que no podía haber venido, que había muerto hace dos años en un accidente de tráfico. Marta pensando que la madre estaría aún delirando por los efectos de la anestesia, salió a la puerta para contarle lo sucedido a la chica, pero para su sorpresa, esta había desaparecido.





FIN.

